

Encounters on Education/Encuentros sobre Educación/Rencontres sur l'Éducation.

Se trata en este caso del primer volumen de la revista trilingüe, nacida bajo la iniciativa de la Facultad de Educación de la canadiense Universidad de Manitoba y del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la española Universidad Complutense. Su título es *Encounters on Education/Encuentros sobre Educación/Rencontres sur l'Éducation*.

Nos encontramos ante un sugerente número monográfico que aborda la actual temática *Ciudadanía y Educación en Canadá y España*. El contenido, realmente rico, es abordado por cuatro profesores canadienses y otros tantos españoles. El texto entrelaza, en torno a su objetivo central, aspectos temáticos tan significativos para nuestro tiempo como son, entre otros, la «identidad nacional bajo el influjo del globalismo», la «comunidad democrática en relación al respeto a la diferencia y a la integración social» y —¿cómo no?— la «educación para la ciudadanía en sociedades progresivamente más multiculturales».

Sería prolijo en este corto espacio hacer una síntesis mínima de cada uno de los capítulos que componen este atractivo volumen. Preferimos, por ello, en esta ocasión, limitarnos a resaltar algunas de las tesis más interesantes, a nuestro juicio, que se barajan en dicha monografía. Con seguridad, el lector encontrará otras muchas que aquí no sacaremos a la luz. Con todo, nuestro interés no es otro que el de hacer justicia a la contribución que este trenzado de artículos aporta a un tema crucial

para un ámbito pedagógico que hoy nos preocupa sobremanera; esto es, la educación de los ciudadanos preparados para construir y convivir en las nada fáciles coordenadas de nuestras sociedades multiculturales, afectadas —también— por el fenómeno de la globalización cada vez más omnipresente. Reseñemos, sin más demora, algunas de esas concepciones y propuestas.

Un punto de interés recurrente es el de la «participación ciudadana». Como señala Romulo Magsino, un primer cometido es poner los medios pertinentes para asegurar que los inmigrantes y nativos dejen de estar impedidos legal y prácticamente para participar en calidad de ciudadanos totales en la sociedad en que están insertos (p. 14). El deseo primario de los miembros integrantes de esas minorías es poder participar e integrarse —en el sentido auténtico de la expresión— en la trama social del país en que han decidido instalarse. Así nos lo recuerda también A. Muñoz Sedano, cuando sostiene que «el movimiento multicultural es, ante todo, un fenómeno político y social de reivindicación de derechos humanos y civiles por parte de aquellos grupos que se sienten discriminados o marginados de la participación democrática ciudadana» (p. 83). En realidad, lo que vienen a proponer los autores de este volumen es retomar de forma actualizada la noción griega de participación, según la cual el ciudadano abriga la intención de implicarse activa y comprometidamente en la búsqueda del bien público..., del autogobierno colectivo.

Otro aspecto neurálgico, tematizado con insistencia, se refiere a la

«integración sociocultural» de las minorías. En diversas contribuciones del volumen se defiende argumentadamente que la postura asimilacionista es contraproducente a todas luces. Un multiculturalismo equilibrado, en efecto, percibe sensatamente que los grupos de inmigrantes no pretenden minar la cohesión del país de acogida, no utilizando en la práctica el slogan «*“su casa” en la que usted un día me acogió, es ahora “mi casa”*», signo del temor para quienes ven tambalear su cultura autóctona ante la multiplicación de culturas minoritarias distintas; que la tradición cultural del país anfitrión no tiene por qué desmembrarse ni perder su protagonismo fundamental, aun cuando se inserten, por ejemplo, contribuciones valiosas de otras culturas en el currículum escolar; que los miembros de los grupos étnicos concentran el grueso de sus peticiones en una genuina integración y en una participación plena en todos los aspectos de la vida social del país receptor...; y que —a diferencia del cultivo desenfrenado de todos los rasgos culturales originarios de esos grupos, como defienden ciertos culturalistas radicales— lo único que demandan en realidad es el derecho a conservar los elementos de sus referentes culturales que deseen a la hora de reelaborar libremente sus identidades personales o grupales, sin dejar por ello de considerarse ciudadanos de la sociedad receptora, con los compromisos de todo tipo que eso comporta. Último punto, éste, que más de uno de los protagonistas del volumen ha querido recordar: si la educación, entre otras cosas, es preparación para la vida, los miembros de estas minorías han de aceptar gustosos

que se les prepare para ser ciudadanos españoles, canadienses..., o de cualquier otro país; sin caer, por supuesto, en la trampa asimilacionista o en el confuso *melting pot*, que los masifique o los disuelva a nivel individual y comunitario.

El tercer eje que deseamos poner de manifiesto es, quizás, el más interesante a nivel pedagógico; a saber: «¿cómo afrontar la educación de una ciudadanía multicultural?». Todos los artículos, en mayor o menor medida, aportan elementos de gran interés a esta espinosa cuestión. Rosa Bruno-Jofré y Dick Heley, por ejemplo, comentan que los educadores deberían apuntar posibles límites a la conservación cultural de las minorías (al menos en el radio de acción escolar) y que, además, habrían de ayudar a los alumnos a tomar sus propias decisiones y dar respuesta a las tensiones que viven entre sus libertades individuales y los deseos de sus comunidades étnicas específicas (p. 38). Alejandro Mayordomo proporciona una trabada lectura histórica para comprender con más propiedad los actuales esfuerzos en pro de una educación ciudadana, a la luz de numerosos intentos españoles llevados a cabo en esa dirección durante los siglos XIX y XX (pp. 49-89). A. Muñoz Sedano traza un esclarecedor esquema de enfoques y modelos que han acometido la tarea de la tan traída y llevada educación intercultural, sacando a la luz lo más provechoso de cada uno de ellos para la apetecida educación ciudadana multicultural (pp. 81-106). Jamie Lynn Magnusson apunta el papel que la universidad debe jugar a la hora de incentivar la formación de jóvenes

críticos en el campo de la ciudadanía (pp. 107-122). Por su parte, Gonzalo Jover y David Reyero ponen a nuestra disposición los resultados de una investigación centrada en el percepción o «universo interpretativo» que adopta la infancia ante la imágenes de los «otros» culturalmente distintos, constataando que la categoría «otredad» está más influida por las diferencias visibles culturales que por las físicas; a partir de ahí, los autores señalan una serie de interesantes propuestas educativas multiculturales, entre las que destacamos aquí sólo las siguientes: a) romper en la práctica con el concepto estático de las culturas (para verlas dentro de una compleja interpenetración con otras); b) no empeñarse —en ese mismo sentido— en reproducir miméticamente en los alumnos sus presuntas culturas de origen a la hora de formar su personalidad; c) ayudarles a convivir con los «otros» en calidad de auténticos «tus», únicos e irrepetibles, tal y como la misma investigación ratifica...; y d) fomentar el respeto y el reconocimiento hacia los otros en el sentido moral más genuino, en razón del valor inherente que posee cada ser humano sin distinción (pp. 127-152). El penúltimo artículo, firmado por Catherine Haire y Michael Manley-Casimir inciden contundentemente en que la educación ciudadana resulta incoherente si no se injerta en las jóvenes generaciones el principio de responsabilidad cívica, a fin de equilibrar toda la importancia dada a los derechos ciudadanos (pp. 153-166). Finalmente, la contribución de José M.^a Puig constituye un feliz

colofón al volumen; en su parte primera distingue con clarividencia la concepción liberal de ciudadanía, la republicana y la comunitarista, añadiendo un oportuno juicio crítico al respecto; en la segunda parte, a nuestro parecer la más sustanciosa, apuesta decidido por la riqueza propia de las comunidades sociales y escolares no uniformes sino plurales, y propone los factores clave para que éstas salvaguarden la cohesión y, a la vez, hagan posible la integración de sus miembros; dicho de forma excesivamente apretada, todo ello supone activar las relaciones basadas en el afecto, en el diálogo y en la comunicación; la comunidad escolar, en fin, es para este autor un excelente taller de ciudadanos cuando se fomenta la participación real de todos sus miembros, con el sentimiento de pertenecer afectivamente a una misma comunidad, y con la experiencia de colaborar codo a codo con los iguales y profesores; sólo en ese clima —insiste con razón— es posible admitir unos mínimos de aceptación gustosa para la convivencia diaria, que sobrepase las insoslayables diferencias presentes en el centro escolar.

Comienzo feliz —creemos, seguros de que tal sensación será comparada por quien lea sus páginas— el de esta internacional revista que —con acierto y, con toda seguridad, también esfuerzo— ha dedicado su primer número a una monografía tan importante como necesitada para nuestra teoría y práctica pedagógicas: la educación ciudadana en contextos multiculturales.

JOSÉ ANTONIO JORDÁN